

las salas, situadas en el primer piso, vió escudos votivos, panoplias, tabernáculos esculpidos, figuras de madera colgadas en las paredes, puestas en cada escalón. Perseguido por las formas más extrañas, por creaciones maravillosas asentadas en los confines de la muerte y de la vida, andaba como entre los encantamientos de un sueño. Dudando, en fin, de su propia existencia, hallábase como aquellos objetos curiosos, ni del todo muerto, ni del todo vivo. Cuando entró en los almacenes nuevos empezaba á anochecer; pero la luz parecía innecesaria á las riquezas resplandecientes de oro y plata que había allí amontonadas. Los caprichos más costosos de disipadores muertos en miserables buhardillas después de haber poseído millones, figuraban en aquel bazar de las locuras humanas. Una papelera por la que se habían pagado cien mil francos, comprada últimamente por cinco, yacía junto á una cerradura de secreto cuyo precio hubiera bastado en otro tiempo para el rescate de un rey. Allí aparecía el genio humano con todas las pompas de su miseria, en toda la gloria de sus gigantes cas pequeñeces. Una mesa de ébano, verdadero ídolo de artista, esculpida con arreglo á los dibujos de Juan Goujón, y que costó en otro tiempo muchos años de trabajo, había sido comprada tal vez á peso de leña. Preciosas arquillas, muebles hechos por hadas, estaban allí desdeñosamente amontonados.

—Aquí tenéis millones—dijo el joven al llegar á la pieza que terminaba una inmensa hilera de habitaciones doradas y esculpidas por artistas del siglo pasado.

—Diga usted más bien millares de millones—respondió el dependiente mofletudo.—Pero esto no es nada; suba usted al tercer piso y ya verá.

El desconocido siguió á su conductor y llegó á una cuarta galería en que fueron pasando sucesivamente ante sus cansados ojos muchos cuadros del Poussin, una sublime estatua de Miguel Angel, algunos encantadores paisajes de Claudio de Lorena, un Gerardo Dow que parecía una página de Sterne, cuadros de Rembrandt, de Murillo, de Velásquez, sombríos y colorados como un poema de lord Byron; luego bajos relieves antiguos, copas de ágata, ónices maravillosos. . . . Eran, en fin, trabajos capaces de disgustar del trabajo, obras maestras acumuladas hasta el punto de infundir aborrecimiento á las artes y de matar el entusiasmo. Llegó hasta una Virgen de Rafael, pero estaba ya cansado de los Rafael. Una figura del Correggio que merecía una mirada, ni siquiera la obtuvo. Un jarrón inestimable de pórfito antiguo y cuyas esculturas circulares representaban la más grotescamente libidinosa de todas las priapeas romanas, delicia de alguna Corina, apenas consiguió una sonrisa. Se ahogaba bajo los restos de cincuenta siglos desvanecidos, estaba enfermo de todos aquellos pensamientos humanos, abrumado por el lujo y por las artes, oprimido bajo aquellas formas renacentes que, semejantes á monstruos engendrados á sus pies por algún genio maligno, le hacían trabar un combate sin fin.

El alma, parecida en sus caprichos á la química moderna que resume la creación en un gas; ¿no se compone de terribles venenos por la rápida concentración de sus goces, de sus fuerzas ó de sus ideas? ¿No perecen muchos hombres por efecto de la fulminación de algún ácido moral repentinamente difundido en su ser interno?

—¿Qué hay en esta caja?—preguntó el joven al llegar á un gran gabinete, postrer montón de gloria, de esfuerzos humanos, de originalidades, de riquezas, entre las cuales designó con el dedo una gran caja cuadrada de caoba, colgada de un clavo con una cadena de plata.

—El amo tiene la llave—contestó el dependiente con cierto misterio.—Si desea usted ver ese retrato, me atreveré á avisarle.

—¿Que se atreverá usted! ¿Acaso es su amo un príncipe?

—No lo sé, respondió el mozo.

Se quedaron un rato mirándose tan asombrados el uno como el otro. El dependiente, que atribuyó á deseo el silencio del desconocido, le dejó solo en el gabinete.

Lector, ¿te has lanzado alguna vez en la inmensidad del espacio y del tiempo al leer las obras geológicas de Cuvier? Arrebatado por su genio, te has cernido sobre el abismo sin límites del pasado cual si estuvieras sostenido por la mano de un encantador? Al descubrir de estrato en estrato, de capa en capa, bajo las canteras de Montmartre ó en los esquistos del Ural esos animales cuyos restos fosilizados pertenecen á civilizaciones antediluvianas, el alma se aterra cuando vislumbra millares de millares de años, millones de pueblos que la débil memoria humana, que la indestructible tradición divina han dado al olvido, y cuyas cenizas, amontonadas en la superficie de nuestro globo, forman en él los dos pies de tierra que nos dan pan y flores. ¿No es por ventura Cuvier el poeta más grande de nuestro siglo? Ciertamente que lord Byron ha reproducido con pala-

bras algunas agitaciones morales; pero el inmortal naturalista ha reconstruido mundos con huesos blanqueados, como Cadmo ha reedificado ciudades con dientes, ha poblado de todos los misterios de la zoología mil selvas con algunos fragmentos de hulla, ha descubierto poblaciones de gigantes en el pie de un mamut. Estas figuras se levantan, crecen y pueblan regiones en armonía con sus estaturas colosales. Es poeta con cifras, es sublime poniendo un cero junto á un siete. Despierta la nada sin pronunciar palabras artificialmente mágicas; escudriña una partícula de yeso, percibe en ella un rastro, y os dice: “¡Ved!” ¡Y de pronto los árboles se animalizan, la muerte se vivifica, el mundo se despliega! Después de innumerables dinastías de criaturas gigantescas, de razas de peces y de tribus de moluscos, llega por fin el género humano, producto degenerado de un tipo grandioso, roto quizás por el Creador. Caldeados por su mirada retrospectiva, esos hombres ruines, nacidos ayer, pueden atravesar el caos, entonar un himno sin fin y figurarse el pasado del universo en una especie de Apocalipsis retrógrado. En presencia de tan espantosa resurrección debida á la voz de un solo hombre, esa migaja cuyo usufructo se nos ha concedido en este infinito sin nombre, común á todas las esferas y que conocemos con el nombre de “tiempo,” ese minuto de vida, nos da lástima. Abrumados como estamos bajo el peso de tantos universos convertidos en ruinas, nos preguntamos para qué sirven nuestras glorias, nuestros odios, y si debe aceptarse el trabajo de vivir para convertirnos en un punto intangible en lo futuro. Desarraigados del presente, parecemos muertos hasta que nuestro ayuda de cámara entra á decirnos:

“La señora condesa ha contestado que aguardaba al señor.”

Las maravillas cuyo aspecto acababa de presentar á los ojos del joven toda la creación conocida, infundieron en su alma el abatimiento que produce en el filósofo la vista científica de las creaciones desconocidas; con más afán que nunca deseó morir, y se sentó en una silla curul dejando vagar las miradas al través de las fantasmagorías de aquel panorama del pasado. Los cuadros se iluminaron, las cabezas de las vírgenes le sonrieron y las estatuas se coloraron con una vida falaz. A favor de la sombra, y puestas en danza por la tormenta febril que fermentaba en su cerebro lacerado, aquellas obras se agitaron y formaron en su derredor raudos torbellinos; cada muñeco le hizo una mueca; los párpados de los personajes representados en los cuadros se bajaron sobre sus fondos para refrescarlos. Cada una de aquellas formas se sobresaltó, brincó, se desprendió de su sitio, grave ó ligeramente, con gracia ó brusquedad, según sus costumbres, su carácter y su contextura. Aquello fué un misterioso aquelarre digno de las fantasías columbradas por el doctor Faust en el “Brocken.” Pero estos fenómenos de óptica, engendrados por la fatiga, por la tensión de las fuerzas oculares ó por los caprichos del crepúsculo, no podían asustar al desconocido. Los terrores de la vida eran impotentes para un alma familiarizada con los terrores de la muerte. Y aun por una especie de complicidad burlona favoreció las extrañezas de aquel galvanismo moral cuyos prodigios se amoldaban á los últimos pensamientos que le daban aún el sentimiento de la existencia. Reinaba un silencio tan profundo en su derredor, que al poco rato

se dejó sumir en un dulce ensueño cuyas impresiones gradualmente negras siguieron, de matiz en matiz y como por magia, á las lentas degradaciones de la luz. Cierta fulgor, al desprenderse del cielo, hizo relucir un postrer reflejo encarnado luchando con la noche; levantó el joven la cabeza y vió en la penumbra un esqueleto que inclinó negativamente su calavera de derecha á izquierda como para decirle: ¡Aún no te necesitan los muertos! Al pasarse la mano por la frente para disipar el sueño, el joven sintió un viento fresco producido por cierta cosa peluda que rozó sus mejillas, y se estremeció. Como los vidrios resonaron con corto crujido, pensó que aquella fría caricia, propia de los misterios de la tumba, procedía de algún murciélago.

Hubo aún cierto momento en que los vagos reflejos del sol en su ocaso le permitieron divisar distintamente los vagos fantasmas que le rodeaban; luego toda aquella naturaleza muerta desapareció en una misma tinta negra. La noche, la hora de morir había llegado súbitamente. Desde aquel instante transcurrió cierto espacio de tiempo durante el cual no tuvo ninguna percepción clara de las cosas terrestres, ya porque se hubiese vuelto á sumir en su ensimismamiento profundo, ya porque cediese á la soñolencia provocada por sus fatigas y por el cúmulo de pensamientos que le desgarraban el corazón. De pronto creyó que le llamaba una voz terrible, y se estremeció como cuando en medio de una abrumadora pesadilla nos creemos precipitados de un salto en las profundidades del abismo. Cerró los ojos, los rayos de una viva luz le deslumbraban; veía brillar en el seno de las tinieblas una esfera rojiza cuyo centro estaba ocupado por un viejecito que, puesto de pie, dirigía

hacia él la claridad de una lámpara. No le había oído llegar, ni hablar, ni le vio moverse. Aquella aparición tuvo algo de mágica. El hombre más intrépido, sorprendido así en su sueño habría temblado, sin duda, ante aquel personaje que parecía salido de un sarcófago vecino. La singular juventud que parecía animar los ojos inmóviles de aquella especie de fantasma, impedía al desconocido creer en efectos sobrenaturales; sin embargo, durante el rápido intervalo que separó su vida sonambúlica de su vida real, permaneció en la duda filosófica recomendada por Descartes, y, á pesar suyo, sintióse dominado por la influencia de esas inexplicables alucinaciones cuyos misterios condena nuestro orgullo, ó nuestra ciencia procura en vano analizar.

Supóngase un viejecillo flaco, enjuto, vestido con un ropón de terciopelo negro atado á la cintura con un grueso cordón de seda. Llevaba en la cabeza un casquete, también de terciopelo negro, que dejaba caer á cada lado de la cara los largos mechones de sus cabellos blancos y se adhería al cráneo de modo que le apretaba la frente. La túnica parecía ceñir el cuerpo como un ancho sudario y no permitía ver, de aquella forma humana, sino una cara enjuta y pálida. A no ser por el brazo descarnado, que semejava un palo del cual se hubiese colgado una tela y que el viejo levantaba para proyectar sobre el joven toda la claridad de la lámpara, aquel rostro habría parecido suspendido en los aires. Una barba gris y cortada en punta daba al ser extraño que describimos la apariencia de esas cabezas judaicas que sirven de tipo á los artistas cuando quieren representar á Moisés. Los labios de aquel hombre estaban tan descoloridos, eran tan delgados, que se nece-

sitaba una atención particular para descubrir la línea trazada por la boca en su blanco rostro. Su ancha frente arrugada, las mejillas pálidas, el rigor implacable de sus ojillos verdes, privados de pestañas y de cejas, podían hacer creer al desconocido que el "Pesador de oro" de Gerardo Dow se había escapado de su cuadro. Una sutileza de inquisidor, revelada por las sinuosidades de sus arrugas y por los pliegues circulares trazados en sus sienes, denotaba una ciencia profunda de las cosas de la vida. Era imposible engañar á aquel hombre que tenía el don de sorprender los pensamientos en el fondo de los corazones más discretos. Las costumbres de todas las naciones del globo y sus sabidurías se resumían en su faz fría, bien así como las producciones del mundo entero estaban acumuladas en sus polvorientos almacenes. Se hubiera leído en ella la tranquilidad lúcida de un dios que lo ve todo, ó la fuerza orgullosa de un hombre que lo ha visto todo. Un pintor, con dos expresiones diferentes y de un par de pinceladas, habría hecho de aquella cara una imagen del Padre eterno, ó la máscara sarcástica de un mefistófeles, porque en ella había, junto á una suprema potencia en la frente, siniestras mofas en la boca. Al triturar todas las penas humanas bajo un poder inmenso, aquel hombre debía haber matado las alegrías terrestres. El moribundo se sobresaltó presintiendo que aquel viejo genio habitaba una esfera extraña al mundo, y en la que vivía solo, sin goces, porque ya no tenía ilusión; sin dolores, porque ya no conocía placeres. El anciano estaba de pie, inmóvil, incommovible, como una estrella en medio de una nube de luz. Sus ojos verdes, llenos de cierta malicia tranquila, parecían alumbrar el mundo moral como su

lámpara iluminaba todo aquel gabinete misterioso.

Tal fué el espectáculo extraño que sorprendió al joven en el momento en que abrió los ojos, después de haberse entregado á pensamientos de muerte y á imágenes fantásticas. Si se quedó como aturdido, si se dejó momentáneamente dominar por una creencia propia de criaturas que escuchan los cuentos de sus nodrizas, hay que atribuir este error al velo tendido sobre su vida y sobre su entendimiento por sus meditaciones, á la excitación de sus nervios irritados, al drama violento cuyas escenas acababan de prodigarle las atroces delicias contenidas en un pedazo de opio. Aquella visión tenía efecto en París, en el muelle Voltaire, en el siglo décimonono, tiempo y lugares en que la magia debía ser imposible. El desconocido, vecino de la casa en que había expirado el dios de la incredulidad francesa, discípulo de Gay-Lussac y de Arago, menospreciador de los juegos de cubiletes que hacen los hombres del poder, no obedecía, sin duda, sino á fascinaciones poéticas á las cuales nos prestamos con frecuencia como para huir de verdades desesperantes, como para tentar el poder de Dios. Tembló, pues, ante aquella luz y ante aquel viejo, agitado por el inexplicable presentimiento de algún poder extraño; pero aquella emoción era parecida á la que todos hemos sentido en presencia de Napoleón ó de algún hombre brillante de genio y cubierto de gloria.

—¿Desea usted ver el retrato de Jesucristo pintado por Rafael?—le preguntó cortesmente el anciano con voz cuya sonoridad clara y breve tenía algo de metálica.

Y dejó la lámpara en el fuste de una columna rota,

de modo que la caja oscura recibiera toda la claridad.

Al oír los nombres religiosos de Jesucristo y de Rafael, el joven hizo un ademán de curiosidad, que sin duda aguardaba el mercader, el cual apretó un resorte. De pronto el tablero de caoba se corrió por una ranura, cayó sin ruido y presentó el lienzo á la admiración del desconocido. Al aspecto de aquella inmortal creación, olvidó éste las fantasías del almacén, los caprichos de su sueño, volvió á ser hombre, reconoció en el viejo un ser de carne y hueso, bien vivo y nada fantasmagórico, y vivió de nuevo en el mundo real. La tierna solicitud, la dulce serenidad del divino rostro influyeron al punto en él. Cierta perfume emanado de los cielos dispó las torturas infernales que le abrasaban la médula de los huesos. La cabeza del Salvador de los hombres parecía salir de las tinieblas figuradas en un fondo negro; una aureola de rayos brillaba con fulgor en torno de su cabellera, de donde quería salir aquella luz; bajo la frente, bajo la carne, había una elocuente convicción que en penetrantes efluvios emanaba de cada facción. Los carmíneos labios acababan de pronunciar la palabra de vida, y el espectador buscaba su sagrado eco en los aires, pedía al silencio las sublimes parábolas, escuchaba aquella palabra en el porvenir, y la encontraba de nuevo en las enseñanzas del pasado. El Evangelio se echaba de ver en la tranquila simplicidad de aquellos ojos adorables, tierno refugio de las almas turbadas. Finalmente, toda la religión católica se leía en una suave y magnífica sonrisa que parecía expresar este precepto sublime en que se resume: "Amaos los unos á los otros." Aquella pintura inspiraba una oración, encarecía el perdón, sofocaba el egoís-

mo, despertaba todas las virtudes adormecidas. La obra de Rafael, participando del privilegio de los encantamientos de la música, infundía el atractivo misterioso de los recuerdos, y su triunfo era completo, puesto que hacía olvidar al pintor. El prestigio de la luz influía también en aquella maravilla: parecía por momentos que la cabeza se agitaba en lontananza, en el seno de alguna nube.

—He cubierto este lienzo de monedas de oro—dijo con frialdad el mercader.

—Pues bien, ¡será preciso morir!—exclamó el joven, que salía como de un sueño cuyo último pensamiento le conducía hacia su fatal destino, arrancándole por insensibles deducciones á una postrera esperanza á la cual se había aferrado.

—¡Ah, ah! Razón tenía yo en desconfiar de tí—respondió el viejo cogiendo las dos manos del joven y apretándole las muñecas como con unas tenazas.

El desconocido sonrió tristemente al notar el error, y dijo con voz suave:

—No tema usted nada; me refiero á mi vida y no á la de usted. No tengo inconveniente en confesar una inocente superchería—añadió después de mirar al viejo que estaba sobresaltado.—Esperando que llegara la noche para poder ahogarme sin escándalo, he entrado aquí para ver todas estas riquezas. ¿No se podrá perdonar este último placer á un hombre de ciencia y de poesía?

El suspicaz mercader contempló con mirada sagaz el triste rostro de su fingido parroquiano, mientras le oía hablar. Tranquilizado en breve por el acento de aquella voz dolorosa, ó leyendo quizás en aquellas fac-

ciones decoloradas el siniestro hado que poco antes había preocupado á los jugadores, le soltó las manos; mas por un resto de suspicacia, que demostró una experiencia por lo menos centenaria, extendió indolentemente el brazo hacia un aparador como para apoyarse en él, y dijo cogiendo un verduguillo:

—¿Está usted cesante desde hace tres años sin haber cobrado sueldo?

El desconocido no pudo menos de sonreír haciendo un ademán negativo.

—¿Le ha vituperado á usted airadamente su padre, por haber venido al mundo, ó está usted deshonrado?

—Si quisiera deshonorarme, viviría.

—¿Le han silbado á usted alguna obra en los Funám-bulos, ó se ve usted obligado á componer una canción para pagar el entierro de su querida? ¿Padece usted fiebre de oro? ¿Desea usted disipar el tedio? En fin, ¿qué mala idea le impulsa á morir?

—No busque usted el motivo de mi muerte en las razones vulgares á que obedece la mayoría de los suicidas. Para dispensarme de revelar á usted padecimientos inauditos, difíciles de expresar en el lenguaje humano, le diré que me veo en la más profunda, in-noble y dolorosa de todas las miserias.—Y añadió con voz cuyo orgullo salvaje desmentía sus palabras anteriores:—No quiero mendigar socorros ni consuelos.

—¡Eh, eh!

Estas dos sílabas que el viejo pronunció al pronto por toda respuesta, semejaron el ruido de una carraca. Luego repuso:

—Sin obligar á usted á pedirme nada, sin sonrojarle,

sin darle un céntimo de Francia, un parat de Levante, un tarino de Sicilia, un kreutzer de Alemania, un copeck de Rusia, un farthing de Escocia, un sestercio ó un óbolo del antiguo mundo, ni un peso del nuevo; sin ofrecerle nada en oro, plata, vellón, papel ó billete, puedo hacer á usted más rico, más poderoso y más considerado que un rey constitucional.

El joven consideró al anciano como un niño y se quedó casi atontado, sin contestar palabra.

—Vuelva usted el rostro—dijo el mercader cogiendo de pronto la lámpara y dirigiendo la luz á la pared que daba frente al retrato—y mire esa “piel de zapa.”

El joven se levantó bruscamente y demostró cierta sorpresa al ver por cima de la silla en que estaba sentado un pedazo de “zapa” colgado de la pared, cuyo tamaño no pasaba del de una piel de zorro; mas por un fenómeno inexplicable al pronto, aquella piel proyectaba en el seno de la profunda obscuridad que reinaba en el almacén, rayos tan poderosos que parecía un pequeño cometa. El joven, incrédulo, se acercó á aquel supuesto talismán que debía preservarle de la desgracia, y mentalmente se mofó de él. Con todo, movido de una curiosidad sobrado legítima, se inclinó para mirar alternativamente la piel por todas sus caras, y no tardó en descubrir una causa muy natural para aquella lucidez. Los granos negros de la zapa estaban tan perfectamente bruñidos, sus rayas caprichosas eran tan claras y limpias, que las asperezas de aquel cuero oriental, semejantes á facetas de granate, formaban otros tantos pequeños focos que reflejaban vivamente la luz. Demostró matemáticamente la causa de aquel fenómeno al viejo, que por toda respuesta se sonrió

con malicia. Aquella sonrisa de superioridad hizo creer en aquel momento al erudito joven que era víctima de algún charlatanismo. No quiso llevarse, empero, un enigma más á la tumba, y dió una rápida vuelta á la piel como el niño á quien le urge conocer los secretos de un nuevo juguete.

—¡Ah, ah!—exclamó,—he aquí la marca del sello que los orientales conocen con el nombre de sello de Salomón.

—¿La conocía usted?—preguntó el mercader, dando salida por las ventanas de su nariz á dos ó tres bocanadas de aire con las que expresó más ideas que pudieran hacerlo las más enérgicas palabras.

—¿Hay en el mundo un hombre bastante necio para dar crédito á semejante patraña?—exclamó el joven, picado al ver aquella risita muda y preñada de acerbas mofas.—¿Ignora usted que las supersticiones de Oriente han consagrado la forma mística y los falaces caracteres de ese emblema que representa una potestad fabulosa? No creo que se me pueda tachar de sandio en esta circunstancia como si hablara de esfinges ó de grifos, cuya existencia se admite en cierto modo mitológicamente.

—Ya que es usted orientalista—dijo el anciano,—¿podría leerme esta sentencia?

Acercó la lámpara al talismán que el joven tenía por el revés y le enseñó ciertos caracteres incrustados en el tejido celular de la piel maravillosa, como si los hubiese producido el animal á que había pertenecido en otro tiempo.

—Confieso—dijo el desconocido—que no adivino el procedimiento de que se habrán valido para gra-

29689

bar tan profundamente estas letras en la piel de un onagro.

Y volviéndose con vivacidad hacia aquellas mesas cargadas de curiosidades, pareció buscar algo con la vista.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó el viejo.

—Una herramienta para cortar esa piel, á fin de ver si las letras están impresas ó incrustadas.

El anciano presentó su verduguillo al desconocido, que lo tomó y procuró cortar la piel en el sitio en que las palabras estaban escritas; pero cuando hubo quitado una ligera capa de cuero, las letras aparecieron tan claras y tan conformes á las estampadas en la superficie, que creyó no haber quitado nada.

—La industria de Levante tiene secretos que le son exclusivamente propios—dijo mirando la sentencia oriental con una especie de inquietud.

—Sí—contestó el anciano,—es mejor habérselas con los hombres que con Dios.

Las palabras misteriosas estaban dispuestas de este modo:

اوسكتنى منسكت آللك

و لكنى تترك ملكى

واراد الله هكذا

اطلب وستنالك مطالبك

و لكنى تسمى مطالبك على تترك

دع مامنا

فمنك مرماك اسسبرك ايامك

أتريدنى

الله محمدك

آمين

Las palabras misteriosas significaban en español:

Si me posees, lo poseerás todo. Pero tu vida me pertenecerá. Dios lo ha querido así. Desea, y se realizarán tus deseos. Pero acomoda tus aspiraciones á tu vida. Ella está aquí. A cada anhelo menguaré como tus días. ¿Me quieres? Tómame. Dios te oirá. ¡Sea!

—Veo que lee usted de corrido el sánscrito—dijo el anciano.—¿Ha viajado usted quizás por Persia ó por Bengala?

—No, señor—contestó el joven palpando con curiosidad aquella piel simbólica, muy parecida á una hoja de metal por su poca flexibilidad.

El mercader volvió á dejar la lámpara en la columna de donde le había cogido, lanzando al joven una mirada de glacial ironía que parecía significar: “Ya no piensa en morir.”

—¿Es esto una superchería ó un misterio?—preguntó el desconocido.

El viejo meneó la cabeza y contestó gravemente:

—Lo ignoro. He ofrecido el terrible poder que confiere este talismán á hombres dotados de más energía de la que parece usted tener; mas, al paso que se movían de la problemática influencia que debía ejercer en sus futuros destinos, ninguno ha querido arriesgarse á celebrar ese contrato tan fatalmente propuesto por no sé qué potestad. Soy de su opinión, dudo, me he abstenido, y

—¿Y ni siquiera ha hecho usted la prueba?—preguntó el joven interrumpiéndole.

—¡Hacer la prueba!! Si estuviese usted en lo alto de la columna de la plaza de Vendome, ¿probaría usted á lanzarse al espacio? ¿Se puede detener el curso de la vida? ¿Ha podido el hombre alguna vez suspender la muerte? Antes de entrar en este gabinete, había usted resuelto suicidarse; pero de pronto le preocupa un secreto y le distrae de morir. ¡Criatura! ¿No se le ofrecerá á usted cada día un enigma más interesante que éste? Oígame. Hé visto la corte licenciosa del regente. Como usted, me hallaba entonces en la miseria y he mendigado mi alimento; sin embargo, he llegado á la edad de ciento dos años y me he hecho millonario;

la desgracia me ha dado la fortuna, la ignorancia me ha instruído. Voy á revelarle á usted en pocas palabras un gran misterio de la vida humana. El hombre se consume á causa de dos actos instintivamente realizados que secan las fuentes de su existencia. Dos verbos expresan todas las formas que adquieren estas dos causas de muerte: “querer y poder.” Entre estos dos términos y la acción humana hay otra fórmula de la que se apoderan los sabios y á la que debo la suerte de mi longevidad. “Querer” nos abrasa y “Poder” nos destruye; pero “Saber” deja á nuestra débil organización en un estado perpetuo de calma. Así, el deseo ó el querer ha fenecido en mí, muerto por el pensamiento; la actividad ó el poder se ha resuelto por el funcionamiento natural de mis órganos. En dos palabras: he colocado mi vida, no en el corazón que se rompe, ni en los sentidos que se embotan, sino en el cerebro que no se desgasta y sobrevive á todo. Nada excesivo ha menoscabado mi alma ni mi cuerpo. Y sin embargo, he visto el mundo entero. Mis pies han hollado las más altas montañas de Asia y América, he aprendido todos los idiomas humanos, y vivido bajo toda clase de gobiernos. He prestado dinero á un chino aceptando en garantía el cuerpo de su padre, he dormido en la tienda de un árabe fiado en su palabra, he firmado contratos en todas las capitales europeas, he dejado sin temor mi oro en el wigham de los salvajes, y, en fin, lo he conseguido todo, porque he sabido despreciarlo todo. Mi única ambición ha sido ver. Ver, ¿no es saber? Y saber, joven, ¿no es gozar instintivamente? ¿No es descubrir la substancia misma del hecho y apoderarse esencialmente de ella? ¿Qué queda de una posesión ma-

terial? Una idea. Juzgad, pues, cuán bella debe ser la vida de un hombre que pudiendo estampar todas las realidades en su pensamiento, transporta en su alma las fuentes de la felicidad, y extrae de ella mil voluptuosidades ideales exentas de mancillas terrestres. El pensamiento es la llave de todos los tesoros; proporciona los goces del avaro exentos de todo sinsabor. Por eso me he remontado sobre el mundo, en el que todos mis placeres han sido goces intelectuales. Mis excesos consistían en la contemplación de los mares, de los pueblos, de los bosques, de las montañas. Lo he visto todo, pero tranquilamente, sin cansancio; jamás he deseado nada, y lo he esperado todo. Me he paseado por el universo como por el jardín de una vivienda que me perteneciera. Lo que los hombres llaman disgustos, amores, ambiciones, reveses, tristeza, son para mí ideas que convierto en ensueños; en vez de sentir las, las expreso, las traduzco; en lugar de dejar que devoren mi vida, las dramatizo, las desarrollo, y me distraigo con ellas como si fuesen novelas que leyera en virtud de una visión interior. Como nunca he cansado mis órganos, gozo todavía de una salud robusta, y como mi alma ha heredado toda la fuerza de que no he abusado, tengo todavía la cabeza mejor provista de lo que lo están mis almacenes. ¡Aquí—dijo dándose una palmada en la frente,—aquí están los verdaderos millones! ¡Paso días deliciosos dirigiendo una mirada inteligente al pasado, evoco países enteros, lugares, vistas del Océano, figuras históricamente hermosas! Tengo un serrallo magnífico donde poseo á mi disposición todas las mujeres que no he tenido. Veo con frecuencia vuestras guerras, vuestras revoluciones, y las juzgo. ¡Oh! ¿Cómo preferir fe-

briles, ligeras admiraciones por algunas carnes más ó menos sonrosadas, por formas más ó menos mórbidas? ¿Cómo preferir todos los desastres de vuestras voluntades sujetas al engaño, á la facultad sublime de hacer comparecer uno ante sí al universo, al placer inmenso de moverse sin estar agarrotado por los vínculos del tiempo ni por las trabas del espacio, al placer de abarcarlo todo, de verlo todo, de inclinarse sobre el borde del mundo para interrogar á las otras esferas, para oír á Dios? Esto—añadió con voz vibrante señalando la piel de zapa,—es el “poder” y el “querer” reunidos. Aquí están vuestras ideas sociales, vuestros deseos desmedidos, vuestras intemperancias, vuestras alegrías que matan, vuestros dolores que hacen vivir demasiado, porque el mal quizás no sea más que un violento placer. ¿Quién será capaz de determinar el punto en que la voluptuosidad se convierte en mal y en que el mal sigue siendo voluptuosidad? Las luces más vivas del mundo ideal, ¿no acarician la vista, al paso que las suaves tinieblas del mundo físico la hieren siempre? La palabra sabiduría ¿no procede de saber? Y ¿qué es la locura sino el exceso de un querer ó de un poder?

—Pues bien, sí ¡quiero vivir con exceso!—dijo el desconocido cogiendo la piel de zapa.

—¡Cuidado, joven!—exclamó el viejo con vivacidad increíble.

—Había consagrado mi vida al estudio y á la meditación; pero ni siquiera me han alimentado—replicó el desconocido.—No quiero ser juguete de un sermón digno de Swendenborg, ni de ese amuleto oriental, ni de los caritativos esfuerzos que hace usted para retenerme en un mundo en que de hoy más es imposible mi exis-

tencia. ¡Vamos á ver!—añadió apretando el talismán con mano convulsa y mirando al viejo.—¡Quiero una comida regiamente espléndida, una bacanal digna del siglo en que, según dicen, todo está perfeccionado! ¡Que mis comensales sean jóvenes, chistosos y sin prejuicios, y alegres hasta la locura! ¡Que los vinos se vayan sucediendo cada vez más incisivos, más espirituosos y de bastante fuerza para tenernos embriagados por espacio de tres días! ¡Y que las mujeres más ardientes sean adorno de la mesa! ¡Quiero que la Licencia delirante, rugiente, nos conduzca en su carro de cuatro caballos, más allá de los confines del mundo, para volcarnos en playas desconocidas; que las almas suban á los cielos ó se hundan en el lodo; no sé si entonces se elevan ó se rebajan, pero poco importa! Así, pues, mando á este poder siniestro que me refunda todos los goces en uno solo. Sí, necesito dar á los placeres del cielo y de la tierra un postrer abrazo para que me maten. Deseo por esto antiguas priapeas después de beber, canciones capaces de despertar á los muertos, y besos sin fin, cuyo clamor pase sobre París como el estallido de un incendio y despierte á los esposos y les inspire un punzante ardor que á todos los rejuvenezca, ¡hasta á los septuagenarios!

Una carcajada, salida de la boca del vejete, resonó en los oídos del joven loco como un estrépito del infierno, arrancándole tan despóticamente á su delirio, que le obligó á guardar silencio.

—¿Cree usted—dijo el mercader.—que se va á abrir de pronto el pavimento para dar paso á mesas suntuosamente servidas y á comensales del otro mundo? No, no, joven aturdido. Ha firmado usted el pacto, y

está dicho todo. Ahora sus voluntades quedarán escrupulosamente satisfechas, pero á costa de su vida de usted. El círculo de sus días, figurado por esta piel, se irá reduciendo según la importancia y el número de sus deseos, desde el más leve al más exorbitante. El bramín que me proporcionó este talismán, me explicó que mediaría una concordancia misteriosa entre el destino y los deseos del poseedor. El primer deseo de usted es vulgar; yo podría realizarlo; pero lo dejo á cargo de los sucesos de su nueva existencia. ¿No quería usted morir? Pues bien su suicidio se ha aplazado.

El desconocido, sorprendido y casi enojado de verse siempre objeto de las burlas de aquel anciano singular, cuya intención semifilantrópica le pareció claramente demostrada en este último sarcasmo, exclamó:

—Ya veré si mi suerte cambia durante el tiempo que invertiré en pasar al otro lado del muelle. Pero, si es que no se burla usted de un desdichado, para vengarme de tan fatal servicio, deseo que se enamore usted de una bailarina. Entonces comprenderá usted la satisfacción que proporciona una orgía, y prodigaré todas las riquezas que tan filosóficamente ha ido ahorrando.

Salió sin oír el ruidoso suspiro que exhaló el viejo; atravesó las salas y bajó las escaleras de aquella casa, seguido del carrilludo muchacho que en vano quiso alumbrarle, pues iba corriendo con la rapidez de un ladrón cogido en flagrante delito. Cegado por una especie de delirio, ni siquiera notó la increíble ductilidad de la piel de zapa, que se puso suave como un guante, se enrolló entre sus dedos frenéticos y pudo entrar en el bolsillo de su frac, donde la guardó casi maquinalmente.

Al salir á la calle tropezó con tres jóvenes que iban cogidos del brazo.

—¡Animal!

Tales fueron las graciosas interpelaciones que se dirigieron.

—¡Calle! ¡Pues si es Rafael!

—¡Es verdad! Te buscábamos.

—¡Ah! ¿Sois vosotros?

Estas frases amistosas siguieron á la injuria tan luego como la luz de un farol, balanceado por el viento, dió en las caras de aquel grupo sorprendido.

—Amiguito—dijo á Rafael el joven á quien estuvo á punto de derribar,—vas á venir con nosotros.

—¿De qué se trata?

—Síguenos, y te contaré el asunto por el camino.

De bueno ó mal grado, Rafael se vió rodeado de sus amigos, que se apoderaron de él y le llevaron hacia el puente de las Artes.

—Hace lo menos una semana que andamos buscándote—continuó el orador.—En tu respetable fonda de San Quintín, cuya muestra inamovible tiene letras siempre alternativamente negras y encarnadas como en tiempo de Juan Jacobo Rousseau, tu Leonarda nos ha dicho que te habías marchado al campo, y eso que no teníamos trazas de gente de dinero, ni de alguaciles, ó acreedores, ó dependientes de comercio. ¡No importa! Rastignac te había visto la víspera en los Bufos, nos reanimamos, y hemos hecho cuestión de amor propio el averiguar si estabas encaramado en los árboles de los Campos Elíseos, si ibas á dormir por dos sueldos en esas casas filantrópicas en que los pordioseros duermen apoyados en cuerdas tirantes, ó si, más afor-

tunado, habías establecido tu vivac en el retrete de alguna dama. No te hemos encontrado en ninguna parte, ni en las mazmorras de Santa Pelagia, ni en las de la Fuerza. Los Ministerios, la Opera, las casas conventuales, cafés, bibliotecas, listas de prefectos, redacciones de periódicos, casas de comida, saloncillos de teatros, en una palabra, cuantos sitios buenos y malos hay en París los hemos explorado diligentemente y ya lamentábamos la pérdida de un hombre dotado de bastante genio para hacerse buscar lo mismo en la corte que en las cárceles. Hablábamos de cañonizarte como un héroe de Julio, y, palabra de honor, te echábamos de menos.

En aquel momento Rafael pasaba con sus amigos por el puente de las Artes, desde donde, sin escucharlos, contemplaba el Sena, cuyas aguas mugidoras reflejaban las luces de París. Por cima de aquel río, en el cual poco antes quería precipitarse, se cumplían las predicciones del viejo: la hora de la muerte se retardaba ya fatalmente.

—Puedes creer que verdaderamente te echábamos de menos—dijo su amigo prosiguiendo su tesis.—Se trata de una combinación en la cual te comprendíamos en tu calidad de hombre superior, es decir, de hombre que sabe ponerse sobre todo. Amigo mío, el escamoteo de la nuez moscada constitucional bajo el cubilete real se hace hoy más gravemente que nunca. La infame monarquía, derribada por el heroísmo popular, era un mujer de vida airada con la cual se podía reír y banquetear; pero la patria es una esposa arisca y virtuosa, y quieras que no quieras tenemos que aceptar sus caricias acompasadas. Así, pues, el poder se ha